

CAPITULO XXVI

MARÍA EN EL CALVARIO

MIRAD que vamos á Jerusalem, y allí el hijo de la Virgen (1) será víctima de una traicion para ser crucificado (2). Así habia dicho Jesus á sus discípulos al ir á terminar su mision evangélica, y al emprender su último viaje á Jerusalem, acompañado de sus Apóstoles y discípulos y de las piadosas mujeres, parientas en su mayor parte, que le acompañaban y servian en sus viajes. Probablemente vió María la entrada triunfal de su Hijo en Jerusalem, y oyó aquel caluroso *Hosanna*, con que aclamaban las turbas al descendiente de David, que venía bendito en el nombre del Señor, y entraba por sus puertas como Rey pacífico, lleno de mansedumbre.

Es muy probable tambien que en la noche terrible de la última cena participase del banquete eucarístico, siquiera no presenciase su institucion (3): segun el Evangelio, solamente asistieron á esta los doce Apóstoles. Pero estando la Santísima Virgen en la misma casa, ¿podia dejar de recibir una muestra de cariño de aquel á quien habia llevado en sus entrañas durante nueve meses? Con los mismos discípulos salió Jesus de la casa hospitalaria para ir á un huertecillo vecino, donde solia hacer oracion á su Eterno Padre, bajo la bóveda del firmamento tachonado de estrellas, que representa la inmensidad Divina en la medida de la creacion. Jesus segun la creencia mas comun no se despidió de su Madre al marchar al sitio donde iba á comenzar su pasion dolorosa. Quiso ahorrarle este dolor, ya que tantos iba á tener. El egoismo busca el modo de aliviar el dolor comunicándolo, la naturaleza misma nos impulsa á este desahogo; pero el que bien quiere prefiere sufrir doble, con tal que no lo sepa ni padezca tanto como un átomo el sujeto amado. Jesus sabia que no habia de morir sin despedirse de su Madre.

Bien pronto llegó á oídos de esta la fatal noticia: quizá fué San Juan, su sobrino y confidente, quien la trajo á casa. Juan sabia ya de antemano la traicion y el nombre del

- (1) Así traducía nuestro venerable Granada las palabras *Filius hominis*, y en verdad que es una traduccion muy expresiva.
(2) *Ecce ascendimus Jerosolymam, et filius hominis tradetur...* (San Mateo, cap. XX, v. 18).
(3) La Venerable Madre de Agreda supone que en efecto San Juan llevó á la Virgen la Sagrada Eucaristia. Bien necesitaba ser confortada con el sagrado manjar en las terribles angustias que iba á sufrir.



ENTRADA DE JESUS EN JERUSALEN

traidor. Recostados los Apóstoles en el suelo sobre cojines mientras Jesús les daba sus últimos consejos, la rubia cabeza del joven y candoroso Apóstol descansaba junto al seno de su Primo, y escuchaba sus palabras con anhelo, sin perder una, como quien ha de escribirlas mas adelante. En medio de su plática Jesús queda cortado (1), y saliendo de pronto de aquel estado congojoso, les anuncia á sus discípulos, que uno de ellos le vende y le va á entregar.

Pedro, que estaba junto á Juan, le pregunta á este en voz baja:—¿Por quién lo dice? Juan acerca mas su blonda cabeza al pecho de Jesús y le interroga con cariñoso afán:—Señor, ¿quién es?

En voz baja le responde, sin llevar á mal la pregunta hija del cariño mas que de la curiosidad:—Aquel á quien diere un pedazo de pan mojado en salsa es el que me va á entregar;—y al decir esto alarga á Judas un bocado de pan. Poco despues sale del cenáculo el traidor y Jesús le dice con doloroso acento:—Despacha pronto: lo que has de hacer hazlo luego. Ni el mismo San Juan, que sabia ya quién era el traidor, pudo comprender el sentido misterioso de estas palabras (2). ¿Cómo se habia de figurar que la traicion estaba tan próxima? Y eso que Jesús les decia:—¡Todos os vais á escandalizar y acobardaros con lo que me va á pasar esta noche!—Pero el cariño es ciego, y á veces parece que ve menos cuanto mas abre los ojos con estupor y extrañeza.

Juan ve la prision de Jesús, el valor de Pedro que se arroja contra ciento sable en mano, sigue de léjos á su Maestro preso, entra en casa del Pontífice valiéndose de las relaciones que allí tenia, espera entre los soldados del cuerpo de guardia el paradero de aquel juicio, con que se trata de encubrir un asesinato jurídico y premeditado; espántase de la debilidad de Pedro, como se habia admirado antes de su temerario arrojo, y confundido entre la chusma, escucha aterrado que se declara á Jesús reo de muerte por blasfemo. Poco despues sale su Maestro y pariente entre unos soldados que le maltratan de obra y de palabra, canalla depravada que tenian á sueldo el Pontífice y sus degenerados sacerdotes, y le encierran en una lóbrega y estrecha covacha junto al cuerpo de guardia. Jesús al pasar dirige á Pedro una expresiva mirada de cariñosa reconvenccion, y á Juan otra de cariño. ¡Ay cuánto dice aquella lánguida mirada!—Ya lo ves como era cierto... Acuérdate de esto y de lo que va á pasar... Cúmplase la voluntad de mi Padre... Conviene que esto suceda... Veo que tú no me faltas... Cuida de mi pobre Madre...

Y al paso que Pedro huye despavorido y llora en la soledad aquella cobardía pasajera, hija del respeto humano, y providencial castigo de la presuncion confiada, Juan regresa á la casa del cenáculo, solo y cabizbajo, á comunicar á María, á su madre, á sus parientas y demas piadosas mujeres la triste noticia de que Jesús está preso y condenado

(1) *Cum hac dixisset Jesus turbatus est spiritu, et protestatus est, etc.* (San Juan, cap. XIII, v. 21 y siguientes).

(2) Añade el Apóstol que creyeron los Apóstoles que le mandaba comprar algo para el día de fiesta, ó que diese algunas limosnas del dinero reservado. ¡Hasta tal punto respetó Jesús la fama de aquel malvado hasta el último momento!

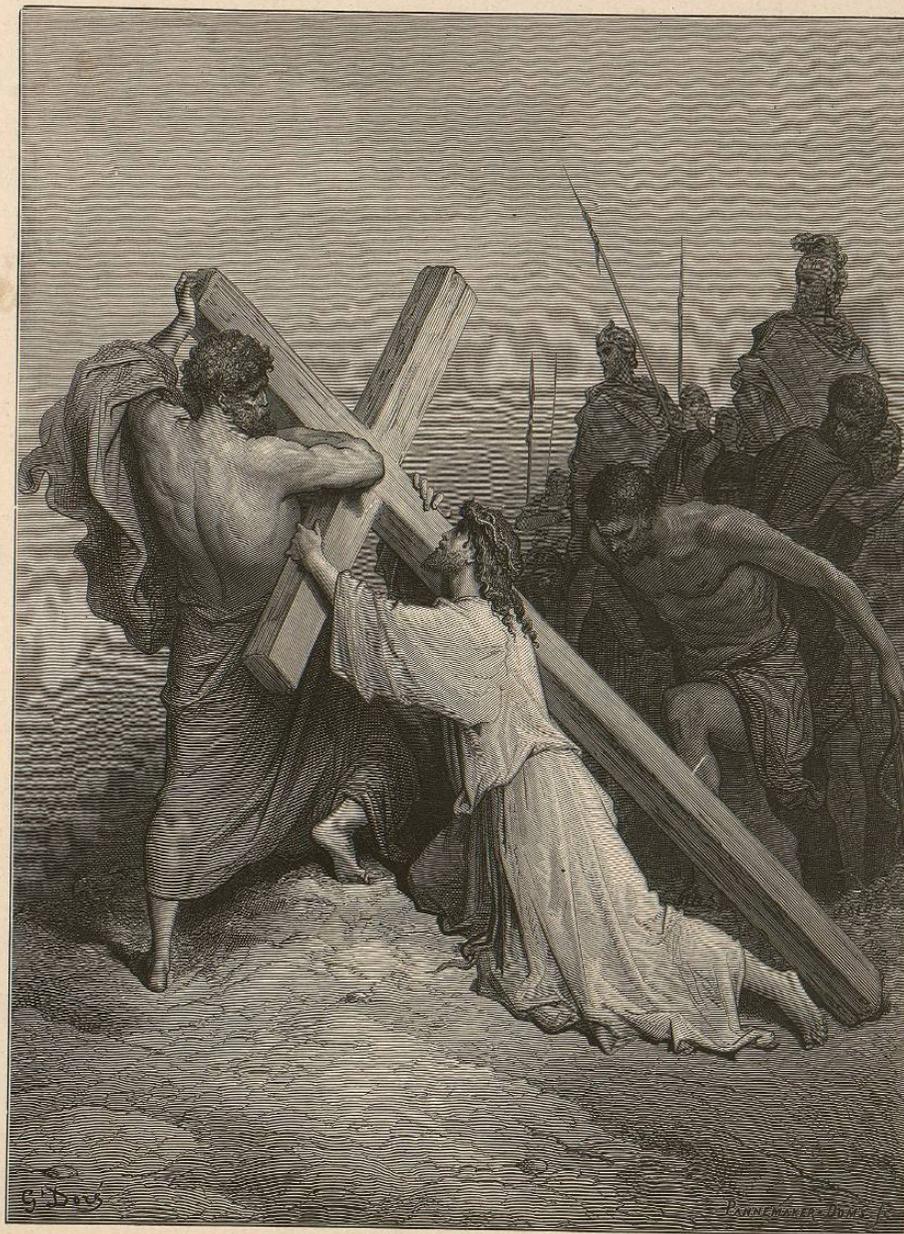
á muerte, no por el conquistador romano, sino por los sacerdotes y sus mismos paisanos.

Ya amanece: en la casa, atestada de gente, como todas las de Jerusalem, apenas hay quien duerma, ni hay lechos para todos. Óyense gritos y tropel de gente que corre por la calle, y se dicen unos á otros:—Por ahí llevan á Jesus el Galileo, el embaucador: á casa del Pretor va preso: en eso tenia que parar.

María sale con Juan y sus parientas y demás santas mujeres. ¡Pobre Madre! Ve á lo léjos el templo y baja la cabeza. No necesitaba verlo para recordar las fatídicas palabras del anciano Simeon: el cuchillo está clavado en su corazon, pero tiene que penetrar aun mas hondo. De casa de Herodes vuelve Jesus á la de Pilatos, vestido con una túnica blanca, traje con que solian vestir á los locos, y de loco visten al que es la Sabiduría Eterna. Por la noche la iniquidad aparentando justicia, por la mañana el escarnio aparentando discrecion, al mediodía la ferocidad aparentando respeto. El Pretor romano conoce la iniquidad con que es acusado aquel que le presentan como reo, y para librarle la vida, satisfaciendo la crueldad de los acusadores, le hace azotar bárbaramente por mano de los sayones y de los soldados de su guardia. La tradicion, y con ella todos los escritores católicos, suponen que María presenció aquel horrible espectáculo, que por atroz que fuese todavía era menos que lo que le restaba por ver. Los azotes descargados sobre las inocentes carnes de Jesus desgarraban el corazon de la inocente madre. Hoy no habria ninguna que soportara tan horrible espectáculo; ¿qué mujer tendria hoy valor para ir á ver ajusticiar á su hijo? Pero las mujeres hebreas no se apocaban en casos tales. Cuando David entregó á los gabonitas siete hijos de Saul para que los ajusticiaran, en castigo de las tropelías que su padre habia hecho con aquellos, faltando á lo pactado, Resfa, madre de dos de aquellos infelices, se colocó junto á su patíbulo en el cerro que miraba al templo, quizá el mismo sitio del Calvario, y sentada sobre una piedra, vestida de grosera túnica, estaba allí durante largo tiempo guardando los cadáveres de sus hijos, sin permitir que los destrozasen las aves de rapiña, ni se acercaran á ellos las fieras durante la noche (1).

Pero ¿cuál seria el dolor de María al ver á su Hijo asomado á la galería del pretorio, y hecho rey de burlas el Rey de la glorial Un manto de vieja púrpura, apolillada y raida, cubre sus ensangrentadas espaldas, una corona de espinas taladra su cabeza y hace correr la sangre por su pálido rostro, trazando surcos rojizos: en las manos tiene una caña por cetro irrisorio y una soga áspera ciñe su garganta en vez de collar de oro. ¡Qué espectáculo para una madre! Y entre tanto el infierno suelto desencadena contra la sagrada víctima toda la furia de su poder tenebroso, y sopla el furor insensato de su rabia en los corazones de la aristocracia y del pueblo, de los fanáticos y de los hipócritas, de los malos y degenerados sacerdotes, de los sabios infatuados con su saber sofístico y capcioso, del

(1) Libro II de los Reyes, cap. XXI, v. 10.



CAIDA DE JESÚS BAJO EL PESO DE LA CRUZ.

populacho brutal y embrutecido, y aquellos destilan en los oídos de estas palabras de rabia y de venganza, y estos gritan furiosos:—¡Á él, á él, crucifícale, crucifícale!

Y en efecto el pretor romano firma la sentencia de muerte, y aquel pueblo sanguinario y degenerado aplaude frenético la iniquidad triunfante. Suenan los clarines, forma la cohorte romana ante el pretorio y salen dos bandidos llevando cada uno sobre sus hombros el palo en que ha de ser ajusticiado. En pos de ellos sale Jesús lívido, extenuado de fatiga, sediento por la mucha sangre que ha perdido, y sale también llevando su cruz, cuyo peso le abrumba y le hace caer desfallecido. Al verlo gime la Madre y se desmaya, alzan sus primas y las santas mujeres dolorosos gemidos que llegan al cielo, y las acompañan en su dolor las piadosas doncellas de Jerusalén, no pervertidas por el orgullo farisaico, ni la sofistería de los escribas, ni la hipocresía avara del sacerdocio degenerado que comercia con la religión.

«Y cuando le llevaban echaron mano de un hombre de Cirene, llamado Simón, que venía del campo y le obligaron á llevar la cruz detrás de Jesús. Y le seguía un gran tropel de gente y mujeres que lloraban y se lamentaban de lo que le pasaba. Mas Jesús volviéndose á ellas les dijo:—No lloreis por mí, Hijas de Jerusalén, llorad mas bien por vosotras y por vuestros hijos; porque os van á venir tiempos en que se diga: ¡Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no engendraron, y los pechos que no dieron de mamar! Entonces sí que empezarán á decir á los montes: ¡caed encima de nosotros! y gritarán á los collados para que los cubran. Porque si esto se hace con el leño verde, ¿qué será con el seco (1)?»

La tradición supone que con estas piadosas mujeres venía la Santa Madre de Jesús oprimida de dolor y anegada en llanto; y designa todavía el sitio (2) donde aquella encontró á su Hijo pálido, abatido, desfigurado, amoratado el rostro, y cubierto de sangre coagulada, y no bastando su gran fortaleza, su continua gracia, su resignación profunda, y el ministerio de los ángeles que la confortaban, cayó desmayada, pues al fin, aunque santa y muy santa, *era madre*. ¿Pudo en aquel momento hablar á Jesús (3)? ¿Tuvo la naturaleza fuerzas para articular siquiera dos palabras, ó no pudo hacer mas que lanzar una mirada fija, dolorida, expresiva, de esas miradas que dicen mas que mil palabras?

Cuán bello y bien sentido es el pasaje en que nuestro clásico Granada describe el doloroso encuentro de la Virgen con su Hijo en la triste *via judiciaria* (4). «Camina pues

(1) San Juan, cap. XXIII, v. 27.

(2) El devoto peregrino refiriendo cómo estaba en el siglo XVII el sitio donde la Virgen encontró á su Hijo llevando la Cruz, dice: «Como cien pasos mas adelante (del pretorio) están las ruinas de una iglesia llamada *el pasmo de la Virgen*; y este es el lugar donde la Virgen acompañada de San Juan y las otras devotas mujeres, salió al encuentro á su bendito Hijo.»

Refiere en seguida la demolición de aquella hermosa iglesia por un Bajá llamado Mahomet. El P. Geramb y otros viajeros hablan también de esta iglesia.

(3) Orsini dice á este propósito: «La tradición apoyada en la autoridad de San Bonifacio y de San Anselmo refiere que Jesucristo saludó á su Madre con estas palabras:—*Salve Mater*».

(4) Lo que llamamos el *Via Crucis* ó camino del pretorio al Calvario, que recorrian los reos para ser ajusticiados, luego que los sentenciaba el pretor romano, de donde vino el nombre de *judiciaria*.

la Virgen en busca del Hijo dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que le iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase mas y mas á su amado Hijo y tiende sus ojos oscurecidos con el dolor, para ver si pudiese ver al que amaba su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle; por otra rehusaba ver tan lastimera figura. Finalmente llegada ya donde le pudiese ver, miranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviéсанse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo y le decía:—¿Para qué viniste aquí, paloma mia, querida mia y Madre mia? Tu dolor acrecienta el mio y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, Madre mia, vuélvete á tu posada que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quisieres así hacer templarse ha el dolor de ambos, y quedará yo para ser sacrificado por el mundo, pues á tí no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete pues, ó paloma mia, al Arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus piés. Allí vacarás á la oracion y contemplacion acostumbrada, y allí levantada sobre tí misma pasarás como pudieres ese dolor.»

«Pues al corazón del Hijo respondería el de la Santa Madre y le diría:—¿Por qué me mandas eso, Hijo mio? ¿Por qué me mandas alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mio y Dios mio, que en presencia tuya todo me es lícito, y no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que fuera de él ninguna cosa puedo pensar; á ninguna parte puedo ir sin tí, y de ninguna pido ni puede recibir consolacion. En tí está todo mi corazón y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuvistes mis entrañas por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas?...»

«Tales palabras en su corazón iría diciendo la Virgen, y de esta manera se andaba aquel trabajoso camino hasta llegar al lugar del sacrificio.»

María repuesta de su pasajero desmayo sigue las huellas de su Hijo, no le precede: de buena gana hubiera llevado la Cruz de Jesús y casi envidia al Cirineo Simón: pero los soldados la rechazan. *Es la madre del ajusticiado*: el odio al *criminal* refluye en la Madre del que va á ser víctima de *la justicia humana*. ¡Sarcasmo horrible, llamar *justicia* al asesinato jurídico!

Ya han llegado á la cumbre. Unos soldados abren los hoyos y fijan los largos maderos: otros desnudan brutalmente á los reos, y les hacen extender sus brazos sobre el travesaño para clavarlos en él. Una turba brutal y feroz contempla con avidez aquellos



ENCUENTRO DE JESUS Y MARIA YENDO AL CALVARIO

la Virgen en busca del Hijo muerto, y se pierde las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las espadas y el ruido de la gente, y el clamor de los pregones, con que se iría preguntando. Ya busca y palpó los hierros de las lanzas y alabardas que quedaban por el día; halla en el suelo las gotas y el rastro de la sangre, que resbalan ya por el suelo; los pasos del Hijo y guiarla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo y tiende sus ojos en sus brazos con el dolor, para ver si pudiera verle que amaba su alma, y el amor y trazo del corazón de María! Por una parte se quiere verle; por otra quisiera ver tan lastimera figura. Finalmente llegada ya á él, quisiera ver, mirárase aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atravesárase con los ojos, y hieren con la vista sus almas lastimadas. Las lenguas se abren para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural de amor y la decía:—¿Para qué viniste aquí, paloma ama, querida mía? ¿Por qué me buscas? ¿Por qué el mío y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete. Vuélvete á tu casa, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de heridos y lastimados. Si lo quieres así hacer templarse ha el dolor de ambos, y quedará el mío por sacrificado por el mundo, pues á tí no pertenece este oficio, y tu corazón no sufre este tormento. Vuélvete pues, ó paloma que al Arca, hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus pies. Allí vacarás á la oración y contemplación acostumbrada, y allí levantada sobre tí misma pasarás como padieres ese dolor.»

«Pues al corazón del Hijo respondía el de la Santa Madre y le diría:—Por qué me mandas eso. Hijo mío! ¿Por qué me quieres alejar de este lugar? Tú sabes, Señor mío y Dios mío, que en presencia tuya todos se alejan, y no hay otro oratorio sino donde quiera que tú estás. ¿Cómo puedo yo partirme de tí sin partirme de mí? De tal manera tiene ocupado mi corazón este dolor, que nada de lo que alguna cosa puedo pensar; á ninguna parte puedo ir sin tí, y de ninguna parte se puede recibir consolación. En tí está todo mi corazón y dentro del tuyo tengo hecha mi morada, y mi vida toda pende de tí. Y pues tú por espacio de nueve meses tuvistes por morada por morada, ¿por qué no tendré yo estos tres días por morada las tuyas?»

«Tales palabras en su corazón se dirigían á la Virgen, y de esta manera se andaba aquel trabajo camino hasta llegar á la hora del sacrificio.»

«Marta repuesta de su pasaporte de seguir por las huellas de su Hijo, no le precede de buena gana hubiera llevado la cruz de peso y con envidia al Cirineo Simón; pero los soldados la rechazan. Es la noche del sábado, y el ciego al criminal refugie en la Madre del que va á ser víctima de la justicia humana. ¿Cómo horrible, llamar justicia al asesinato judicial!»

Ya han llegado á la cruz. Los soldados sacan los brazos y fijan los largos maderos; otros desnudan brutalmente á los reos, y les hacen extender sus brazos sobre el travesaño para clavárselos en él. El ciego se levanta y feroz contempla con avidez aquellos

